

## Interculturalismo y valores humanos: hacia nuevas formas de paz

Graciela Arroyo Pichardo\*

Desde hace más de dos lustros una de las grandes tradiciones de la política exterior de México, la política activa de lucha por la paz y la seguridad internacionales, parece haber perdido fuerza, no obstante que en el fin de milenio y el principio de uno nuevo son numerosos los conflictos y las situaciones que han dado pauta a la necesidad de posiciones firmes y comprometidas con el mantenimiento de la paz en el mundo.

Si bien el fin de la llamada Guerra Fría pareciera haber puesto fin al peligro de una conflagración nuclear, es evidente que el afán de muchos países por la posesión y fabricación de armas sigue siendo el motor de su política de poder y de su desarrollo industrial. Al mismo tiempo, se ha hecho evidente que muchos de los conflictos actuales son el resultado de un nuevo tipo de problemas, en los que muchas veces se conjugan los afanes hegemónicos de sempiternas potencias con factores de tipo geoestratégico y, por ende, geocultural, que se pretenden resolver por medio de la fuerza. Ejemplo de ello son los problemas en Chechenia, los Balcanes y el Medio Oriente.

Esto ha puesto al tema y al concepto de paz en una nueva tesitura que tiene que ver con otro tipo de circunstancias, tales como diferencias étnicas, marginación y pobreza, a las que pronto se sumarán otras, como escasez de agua, de tierras y de trabajo. Así, la pregunta que nuevas y viejas generaciones de todos los rincones del planeta nos hacemos es acerca del futuro: ¿qué futuro para el mundo? o ¿qué mundo para el futuro? Son más que dos formas diferentes de hacer la misma pregunta, son dos preguntas diferentes.

En el primer caso estamos pensando en el mundo como es ahora, el mundo que hemos construido todos los que aquí hemos vivido a través de

\* Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad de Burdeos, Francia, y Maestra en Ciencias por el Instituto Politécnico Nacional. Premio Universidad Nacional 2001. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

varios siglos y milenios. El futuro no es, entonces, un mero producto del azar, sino una secuencia y consecuencia necesaria del devenir social —*lato sensu*— de toda la humanidad.

La pregunta de ¿qué mundo para el futuro? podría resultar un contrasentido, ya que el futuro sólo tiene razón de ser para los humanos, dada nuestra concepción del tiempo y nuestra razón de ser como especie. Sin embargo, metafóricamente, estaríamos en el caso plantearnos la necesidad de rehacer el mundo, transformarlo para ir hacia un futuro mejor. En otras palabras, el futuro *per se* no existe; el futuro lo hacemos nosotros, para nosotros y como herencia para los que nos siguen.

Eso significa que el futuro ya comenzó, está aquí, estamos aquí, no hay que esperar a mañana. En efecto, desde hace tiempo, poco a poco, como en un proceso, hemos entrado en una nueva etapa civilizatoria. Para ello han sido necesarios varios siglos de cambios, de guerras, de incompreensión y desconocimiento, de dominaciones, de problemas y procesos políticos y sociales, de desarrollos tecnológicos y científicos hasta llegar a lo que hoy se denomina la “era global”, una era caracterizada por las aplicaciones de la electrónica, la técnica y la ciencia a los más diversos campos de la actividad humana.

El ser humano, sin embargo, sigue siendo el mismo, es decir, uno y diverso como el primer día. El futuro seguirá siendo, entonces, el de la diversidad humana y su multiétnicidad y multiculturalidad activa, es decir, intercultural.

¿Qué es entonces la interculturalidad? Tentativamente podríamos definir la interculturalidad como una forma de relación entre diferentes culturas, y a la cultura como la expresión de la comunicación de experiencias y saberes que surgen y se desarrollan al interior de un grupo humano y tienden a expandirse hacia afuera.

Es entonces la existencia de una diversidad de culturas lo que permite y propicia la interculturalidad. Esta diversidad tiene varias características:<sup>1</sup> 1) cada cultura es autónoma de manera connatural; 2) cada cultura es autóctona; y 3) las culturas buscan relacionarse, romper las barreras que sean necesarias para percatarse de qué valores necesita para su desarrollo,<sup>2</sup> cuál es su origen occidental, cuáles son susceptibles de generalización, cuáles son universales. En fin, necesita saber cuáles procesos son diacrónicos debido a las historias particulares y a las tradiciones, y cuáles son sincrónicos, producto de la modernización o de la actual “globalización”.

<sup>1</sup> Alphonse Dupront, “Réflexions pour une politique de recherche en matière de relations interculturelles” en *Introduction aux études interculturelles*, UNESCO, p. 91.

<sup>2</sup> *Ibidem*, “Rapport final”, pp. 187-188.

Por ello, es tan necesario tener conciencia de la cultura propia, cultivarla y desarrollarla, como apreciar y respetar la cultura de los otros, del “otro”. Esta doble actitud positiva facilitará la realización de muchos proyectos y, al mismo tiempo, será la clave para una convivencia mundial más armónica y respetuosa.

Con la cultura no ocurre lo mismo que con las tecnologías. Las tecnologías cambian, evolucionan con bastante rapidez. La cultura, en cambio, si bien también se transforma, se expande y se mezcla, permanece y las raíces quedan. Ello tiene que ver también con la etnicidad y lo étnico, que si bien se conciben como características naturales de los seres humanos y punto de partida de la cultura por su relación con el medio, se identifica con el concepto de diferencia y, según las circunstancias, se convierte en un constructo político. Es así como surgen los etnicismos.<sup>3</sup>

Así, la etnicidad como “diferencia” es tanto más frecuente en la medida en que existen grupos convencidos de que es necesario reafirmar su identidad frente a la existencia de amenazas representadas por fuerzas económicas, políticas, militares, etc. Un grupo se define étnicamente, entonces, sólo frente a otro diferente, que por lo general detenta un amplio ámbito de poder y constituye una amenaza. Es así como se forman los nacionalismos, algunos de los cuales se transforman en fundamentalismos.

Los etnicismos pueden surgir en cualquier tiempo y lugar. Existe, sin embargo, un sofisma generado históricamente que ha dado lugar a “una práctica social que presume que el etnicismo —es decir, las diferencias étnicas— es la clave de la desigualdad”.<sup>4</sup> Es entonces cuando el etnicismo se convierte en racismo, y éste en argumento justificador de políticas de eliminación o de supresión de unos grupos humanos por otros. Tal es la creencia tan difundida en términos retóricos de la superioridad del hombre blanco u occidental, que ha dado y sigue dando lugar a devastadores conflictos, genocidio y guerras.

En efecto, fueron los pueblos del occidente europeo quienes a raíz de los descubrimientos geográficos sometieron a la colonización a regiones enteras como Medio Oriente, África, Asia y el continente americano, donde se encontraron con pueblos de cultura y civilización distintas a la europea, los cuales son considerados “pueblos inferiores”. De ahí, que en lugar del atributo de sociedades, a muchos grupos se les aplicara el de etnias o grupos étnicos, caracterización que perdura en tanto tales grupos no hayan sido incorporados a los procesos de modernización inducidos por el capitalismo y convertidos en

<sup>3</sup> Edwin N. Wilmsen y Patrick McAllister (eds.), *The Politics of Difference. Ethnic Premises in a World of Power*, pp. VIII y IX.

<sup>4</sup> *Idem.*

Estados-nación. Así, el adjetivo de hombre blanco o no blanco, concepto asociado con el de "occidental", sigue teniendo un peso político muy importante, que suscita numerosas reacciones, problemas y conflictos.<sup>5</sup> En este sentido, "son las acciones del que domina y las respuestas del dominado lo que ha servido para reproducir un mundo ordenado étnicamente".<sup>6</sup>

Los antropólogos consideran que lo que une a un grupo étnico no es la cultura, sino una especie de parentesco en donde están presentes algunos rasgos físicos comunes, el idioma, la religión y la historia o pasado común, además de una sensación compartida de injusticia y de sometimiento.<sup>7</sup>

Para el marxismo, la etnicidad oculta las diferencias de clase y crea una falsa conciencia. Esta corriente de pensamiento consideraba que el etnicismo debía desaparecer con el advenimiento de la sociedad sin clases. En efecto, una tendencia no conflictiva estuvo vigente durante varios decenios en la ex URSS y en la ex Yugoslavia, dejando claro que la reaparición de tales problemas tuvo mucho que ver con los cambios políticos y económicos inducidos en ambos países. De manera reciente, el propio Banco Mundial afirmó de manera categórica que "es la pobreza y no las divisiones étnicas y religiosas, la causa de las guerras civiles".<sup>8</sup> Lo anterior significa que los etnicismos pueden surgir en cualquier lugar del mundo en donde se manifiesten condiciones de desigualdad que, a partir de impulsos muy diferentes, pueden transformarse en fuerzas de oposición frente a los poderes establecidos.<sup>9</sup>

Dentro de la perspectiva de la cultura de paz, ¿qué es lo que habría que hacer para evitar conflictos y no recurrir a soluciones violentas? Es absolutamente indispensable impulsar en el ámbito mundial, por todos los medios y en todos los niveles educativos, formas de comprensión interétnica y de comunicación intercultural que sirvan para cambiar las cosas. Omitir o evitar este diálogo ha traído y seguirá trayendo consecuencias fatales. La propia tardanza en llevar a cabo este esfuerzo ha producido, y puede seguir produciendo, consecuencias irreversibles, no sólo para los pueblos involucrados, sino para toda

<sup>5</sup> David Maybury-Lewis, "Vivir con la etnicidad: la necesidad de un nuevo paradigma" en Lourdes Arizpe (ed.), *Dimensiones culturales del cambio global: una perspectiva antropológica*, CRIM-UNAM, México, 1997, p.115.

<sup>6</sup> Edwin N. Wilmsen y Patrick MacAllister (eds.), *op. cit.*, p. ix.

<sup>7</sup> David Maybury-Lewis, *op. cit.*, p. 118.

<sup>8</sup> *La Jornada*, 15 de mayo de 2003, Economía p. 24. El artículo señala que "entre 1960 y 1999, ocurrieron en el mundo 52 guerras civiles en donde el factor común fue el de una economía pobre y en declive, combinada con una fuerte dependencia de las exportaciones de recursos naturales como diamantes, oro y petróleo".

<sup>9</sup> Edwin N. Wilmsen y Patrick McAllister (eds.), *op. cit.*, p. viii.

la humanidad. Lo hemos visto, por desgracia, a pesar de que ya existían proyectos terminados en lugares como Bosnia, Serbia, Georgia, Ruanda, Afganistán, Chechenia, Irlanda, el País Vasco, el Congo, Iraq, etc., además de muchos otros ejemplos ocurridos a través de los siglos. Hay pueblos que no sólo se han tardado en este esfuerzo, sino que pareciera que nunca lo han hecho y que no les interesa hacerlo, ya que hacen justamente lo contrario.

El mundo no es, no ha sido, ni podrá ser homogéneo, monoétnico, monocultural, ya que es contrario a la naturaleza. La interculturalidad, es decir, las relaciones y el contacto entre culturas diferentes, es el pasado, el presente y habrá de ser el porvenir de la humanidad. Así lo demuestra todo en la evolución de la sociedad humana: las guerras, la diplomacia, las artes, el desarrollo de las ciencias, la multiplicidad de saberes, las técnicas, el comercio, los productos, la educación y por supuesto las lenguas y las religiones.<sup>10</sup>

Una forma de poner fin al prejuicio del choque de civilizaciones es, por un lado, educar y reeducar a las nuevas y a las viejas generaciones en el marco de la cultura de paz y la interculturalidad y, por el otro, poner al descubierto los intereses en juego.

La propia *Carta de las Naciones Unidas* señala el hecho intercultural, en el enunciado: "Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas". Ahí está ya el compromiso de la interculturalidad. Para fomentar esta forma de entendimiento y relación, son varios los proyectos que se han puesto en marcha, entre otros el *Proyecto de comprensión mutua entre Oriente y Occidente* que, con una vigencia de 10 años, se puso en práctica en 1956; el *Proyecto para la elucidación y la promoción de la comunicación entre culturas* (1976-1980); *Nuestra diversidad creativa*, resultado de los trabajos de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo; y el Informe Mundial sobre Cultura, concluidos éstos en los últimos 10 años.

Ha sido sobre la base de estos proyectos que se han ido formando y difundiendo aquellos referentes a valores culturales que, asimilados a los valores humanos, deben ser considerados en realidad como valores sociales y políticos necesarios para la convivencia internacional, que no es otra cosa que convivencia intercultural. Dentro de estos valores hay que destacar dos rubros principales: el de la ética global y el de la cultura de paz. Es preciso aclarar que unos y otros están implicados.

Entre los valores comprendidos en la ética global hay que mencionar: 1) la cooperación y seguridad ante la vulnerabilidad de la persona humana (terrorismo, secuestros, etc.); 2) el respeto a las diferencias étnicas y religiosas; 3) el

<sup>10</sup> UNESCO, *op. cit.*, "Rapport final", p. 187

respeto a la autodeterminación y a la democracia, en el sentido de autonomía para la toma de decisiones relacionadas con la vida colectiva; 4) el desarrollo social y humano; 5) la protección de las minorías (inmigrantes); 6) la solución pacífica de conflictos y el pago de indemnizaciones por daños ocasionados; 7) las cuestiones de justicia y equidad entre pueblos y generaciones, incluyendo los recursos naturales; 8) el universalismo como pilar fundamental de la ética global; y 9) la cultura de paz que merece un rubro aparte.

En cuanto a la cultura de paz, el punto de partida es la justicia como justicia social, una necesidad histórica para todos los pueblos que han sido sometidos a diferentes formas de dominación colonial, política, económica y por ende cultural. La lógica aquí es la siguiente: no puede haber paz sin justicia; no puede haber justicia sin equidad; no puede haber equidad sin desarrollo; no hay desarrollo sin democracia (entendida como autonomía); no hay autonomía sin respeto a la identidad y la dignidad de las culturas y de los pueblos, en particular de los pueblos indígenas, como nosotros.

Estos principios no se aprenden mecánicamente, no son ni deben ser simples decálogos que hay que memorizar. Para ello es necesaria una política educativa que, con profundidad y compromiso, nos enseñe a comprenderlos, aplicarlos y hacerlos parte de nuestras vidas. Se transformarán así en conocimiento y en vivencia, no para uno o algunos pueblos, sino para todos los pueblos del mundo.

Muchos de tales principios no son, por cierto, nuevos. Son parte de la sabiduría de las diversas culturas y muchos de ellos están en la memoria de los pueblos. Es en realidad un retorno a las formas de comunicación primigenia del hombre con sus semejantes, con la naturaleza y con los dioses; formas todas ellas innatas al ser y el existir de todas las culturas, y por tanto principios universales.

No pocas de estas experiencias y expresiones se han transformado actualmente en formas de resistencia frente a procesos globales excluyentes y destructivos por definición, como lo son el mercado y sus valores. Son también una forma de reivindicar al ser humano como tal. Fueron esos saberes y valores los que hicieron posible la sobrevivencia milenaria de los seres humanos sobre el planeta, sobrevivencia que ahora está en peligro.

Así, por cultura de paz<sup>11</sup> no sólo se renuncia a la guerra, sino se renuncia a la fabricación y a la venta de armamentos. Se aprende a respetar a la naturaleza y a utilizar sus recursos de manera adecuada pensando en las necesidades futuras.

<sup>11</sup> Rigoberta Menchú Tum, *Hacia una cultura de paz*, Lumen, México, 2002.

Por cultura de paz se aprende que todos los seres humanos somos iguales y tenemos los mismos derechos y obligaciones; aprendemos a reconocer y respetar la diversidad humana.

Por cultura de paz aprendemos a luchar contra el racismo, la exclusión y la intolerancia.

Por cultura de paz aprendemos a usar la ciencia y la tecnología y el conocimiento, en general, con fines sociales y humanistas.

Por cultura de paz aprendemos a luchar por la paz y contra la guerra.

Para hacer efectivos todos estos valores es necesario convertirlos en principios políticos y llevarlos a la práctica. Eso es un gran reto para las relaciones internacionales de hoy y mañana.

Así, desde esta perspectiva, la paz será el resultado de unas relaciones interculturales basadas en la amistad, el reconocimiento, el respeto, la concordia, la generosidad, la cooperación y el amor, sin importar diferencias, en términos de igualdad, de justicia y de dignidad.

¿Llegará la humanidad algún día a convivir en esos términos? Depende de nosotros, depende de las generaciones actuales, las viejas y las nuevas; depende de todos los que presenciamos una guerra injusta y humillante, que con falsos argumentos ha ocupado un país, como en los viejos tiempos del colonialismo, y ha querido demostrar al mundo que frente al hiperpoder no hay principios.

Pero tarde o temprano el poder perece y los principios permanecen. En todo caso es la historia la que tiene la última palabra. Estamos apenas en los albores de un nuevo milenio y en el principio de una nueva y única civilización

¿Por qué pensamos en el futuro?, ¿deseamos otro mundo?, ¿sentimos que esta realidad, que esta sociedad, que esta política, no es nuestra, no es la que nosotros queremos? Quizás nuestra memoria primigenia nos dice que conocimos algo mejor. Lo que en el fondo queremos es renacer, que el mundo *renazca, se renueve, que responda a nuestros sueños. Si eso es idealismo, es preferible ser idealistas a ser cómplices de quienes no lo son y actúan de otra forma. Mi mensaje final no es nada nuevo, ni se deriva de cálculos fríos. Simplemente creemos en nosotros, creemos que actuando todos con voluntad otro mundo es posible.*